

La pervivencia de arquetipos en los cuentos de hadas actuales

La cenicienta de Roberto Innocenti

Bajo la lupa es un espacio que aboga por una lectura detenida y exhaustiva, por la implicación de la experiencia del lector en el análisis que hace de la obra y por la idea de que ninguna lectura o estudio es definitivo ni concluyente.

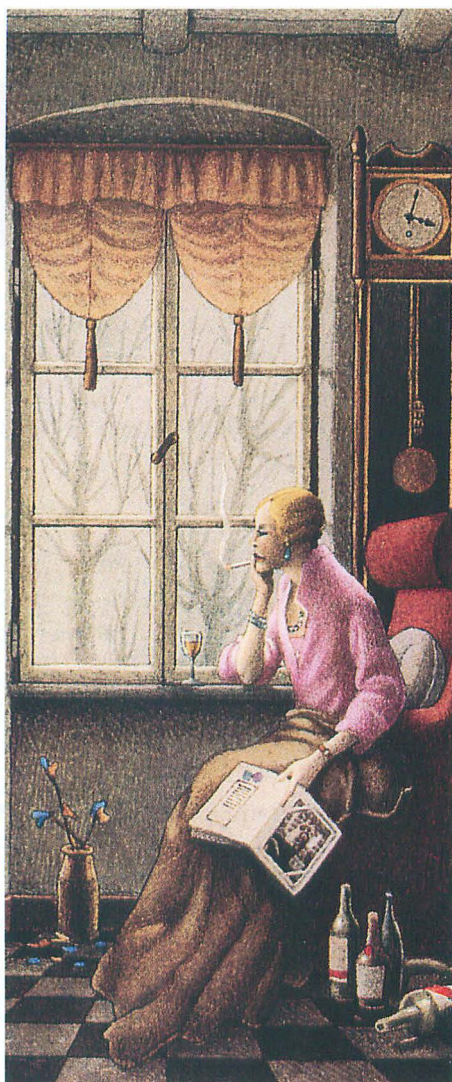
Charles Perrault
La cenicienta
 Ils. de Roberto Innocenti
 Barcelona: Lumen, 2001

Los arquetipos son símbolos universales que forman parte del inconsciente colectivo y se expresan no sólo en sueños, sino también en distintas manifestaciones culturales como las artes plásticas y la literatura. La experiencia literaria se torna cercana al reunir a lo largo de su historia imágenes recurrentes e identificables por todos. El arquetipo, imagen común que representa preocupaciones fundamentales para el ser humano, trasciende toda dimensión ética y temporal para materializarse en literatura desde tiempos remotos. Ya en los mitos, pasando por los cuentos de hadas, hasta llegar a las historias actuales, el hombre ha ido transmitiendo ideas arcaicas que renacen una y otra vez en distintas versiones, para demostrar que sus temas forman parte de las ansiedades inherentes a todos los mortales. Según Carl Gustav Jung, médico suizo y figura clave de la psicología

analítica, los contenidos inconscientes trascienden las experiencias individuales de gente distante para concretarse en arquetipos, pautas de comportamiento colectivo dentro de un sistema. Para elaborar su concepto de arquetipo, Jung se

inspiró en la repetición de motivos en diversas mitologías de las más remotas culturas, y creyó haber hallado temas que la humanidad reiteró, con ligeras variantes, según las circunstancias.

La pérdida del hogar protector, la iniciación como individuo, la envidia, las sombras que nos rodean, el despertar y el poder catártico del amor son arquetipos recurrentes en la literatura infantil y juvenil. Todos ellos encarnan preocupaciones vitales del ser humano que se han visto expuestas en textos orales y escritos. *La cenicienta*, por ejemplo, popular cuento de hadas de origen desconocido, trata arquetipos como la opresión y el abandono que, junto a la idea de temporalidad de cualquier circunstancia y la irrefrenable fuerza del destino, conceden la valía de una historia que ha sobrevivido al paso del tiempo. El cuento, que pertenece a la tradición oral y que como tal ha sufrido los caprichos de distin-



tas épocas y de la imaginación popular, ha dado lugar a diferentes versiones a lo ancho del mundo. Los primeros registros de los orígenes de la historia se remontan a China, alrededor del año 860, aunque esta procedía ya de una larga tradición oriental. Fue el escritor francés Charles Perrault quien, en el siglo XVII, creó la versión más popular de la historia. Su heroína, la más sufrida de todas, protagoniza un cuento en este caso más liviano que el de los hermanos Grimm, y en él se evita la crudeza de algunas escenas adaptándolo a los gustos de la época, aunque conservando los arquetipos presentes en otras versiones.

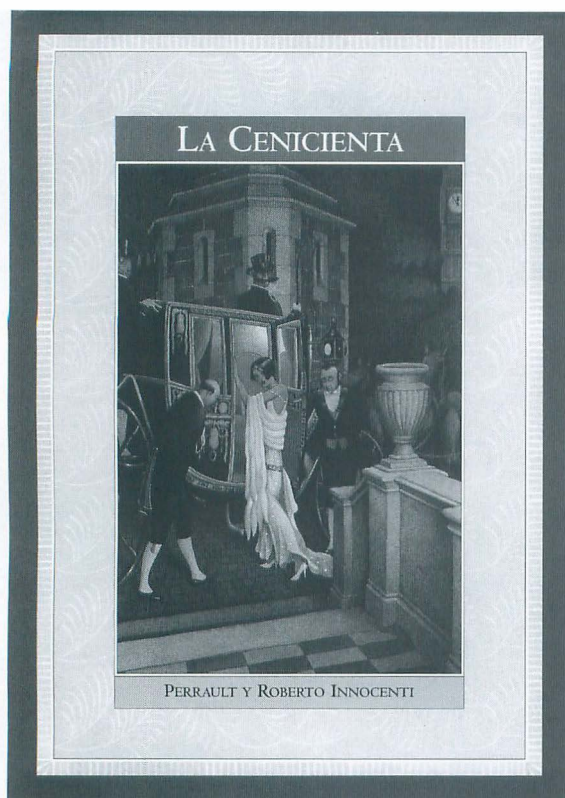
En 1983 apareció un álbum en el que la visión de Perrault se ve ampliada por las ilustraciones de Roberto Innocenti. Se trata de una obra maestra donde los arquetipos mencionados se actualizan con el poder evocador de hermosas y elegantes imágenes. Ciertamente, su interpretación gráfica contribuye a la fuerza del relato.

El texto está en tercera persona y el narrador, externo y omnisciente, no oculta su simpatía hacia la protagonista cuando propina duros y despectivos calificativos a sus hermanastras. En la historia prevalece la acción: son las ilustraciones de Innocenti las que se encargan de describir escenas que hacen que la mirada del lector se detenga, enmarcando la narración en una época concreta y aportando la visión personal del dibujante. La estructura es lineal y está secuenciada en tres momentos principales: introducción de la historia, complicación y desenlace feliz para la heroína, tal como nos tienen acostumbrados los cuentos de hadas. La ambientación del álbum la aporta la ilustración de Innocenti, quien sitúa una historia tradicionalmente atemporal en el Londres de principios del siglo XX. El ilustrador se apoya en el clasicismo popular inglés e introduce toques de Art Nouveau e influencia americana, dotando de categoría a las formas femeninas lánguidas, estilizadas y elegantes del estilo europeo, como en el caso del aspecto de Cenicienta, frente a un estilo más vulgar, procedente del Charlestown norteamericano de atuendos cortos que visten sus hermanastras. La protagonista del cuento encarna belleza y virtud de un modo explícito en contraposición a sus hermanastras.

Utilizando técnica mixta de ténpera muy licuada y lápiz acuoso, Innocenti se sirve del color y el trabajo de las formas para la creación de ambientes con profundidad de campo, focalizando así la atención en los personajes situados en escena. La mano del ilustrador se esconde tras un trazo realista que construye una historia con una abundante carga subjetiva. Ya en las guardas aparece una ilustración con una imagen de Cenicienta reflejada en la fuente que adelanta lo que el destino le depara. La relación que mantie-



nen texto e ilustración aporta modernidad al relato. El detallismo y la perfección en la creación de ambientes no sólo se aprecia en las indumentarias, sino también en los coches y los edificios de hierro forjado y vidrio típicos de la época. Aparecen además referencias al arte victoriano y al carácter de la reina inglesa, quien se sitúa en el baile alejada del pueblo mientras su marido, el príncipe Alberto, se encuentra entre la gente y refuerza así su postura, mucho más comprometida con el arte y las modas de la época. Todo un esfuerzo artístico que se atreve a ubicar temporalmente una historia que ha pertenecido a todos los tiempos. Sin embargo, tanto la reina Victoria como el príncipe Alberto, presentes en el baile, ya habían fallecido en la época en la que Innocenti emplaza la historia. La era victoriana se mezcla con el modernismo europeo e influencias artísticas estadounidenses y, posiblemente, sea el anacro-



nismo intencionado del ilustrador, el que devuelve al cuento su carácter atemporal, reforzando la idea de que el clásico pertenece a épocas doradas de todos los tiempos.

La cenicienta, a través del personal punto de vista del ilustrador, sigue conservando intacto su valor como arquetipo de bondad, belleza y humildad. Innocenti logra captar el espíritu de una historia perenne que inunda de significado las lecturas nocturnas y busca la realización y el deleite del lector de cualquier lugar y época, ya que sus ideas se escribieron en nuestras mentes mucho antes de que el cuento naciera.

La pérdida del hogar

Tras la muerte de su madre, Cenicienta pasa a vivir con la nueva esposa de su padre y sus dos hermanastras. Con un padre ausente, fuera de su hogar y completamente desprotegida, es degradada y menospreciada por su madrastra y hermanastras por el mal común de la envidia, tan inherente al carácter humano que mantiene vigente el interés hacia una historia lejana. Aunque la rivalidad entre hermanos sea un complejo universal de los mortales, la posible pérdida de la estima paterna genera sentimientos contradictorios en ambos bandos que desembocan en actos terribles. Cenicienta, de ahí su nombre, se ve obligada a vivir entre cenizas y a trabajar como una esclava para ellas. Sin embargo, la versión de Perrault refuerza el arquetipo concediendo a Cenicienta la

bondad suprema: ella es quien se sacrifica y se refugia entre cenizas, quien no va al baile y quien no se queja de su condición. Los personajes de los cuentos de hadas son menos humanos que en el mito, y su representación más plana pero también más simbólica, por lo general, permite al niño lector identificar el arquetipo con mayor facilidad. Según Marie-Louise von Franz, “estos héroes no hablan consigo mismos, no tienen dudas ni incertidumbres, ni reacciones humanas. La heroína, en concreto, puede soportar una prolongada tortura hasta alcanzar su meta”.

La sombra de lo materno, reproducida por la madrastra malvada, resalta las cualidades de la protagonista, pero también recuerda al lector la polaridad de nuestro carácter y que sólo la conjunción de ambos arquetipos, la bondad de Cenicienta y la maldad de su madrastra, engendraría a una persona de carne y hueso. La nueva mujer del padre de Cenicienta siente envidia hacia la niña por su belleza, por el amor que siente hacia su padre, por la juventud y bondad que posee, y por eso es relegada a servir a las demás. Sin embargo, como sabemos, la envidia es un mal común a la humanidad que, en ocasiones, nos cuesta reconocer, por lo que Cenicienta, al ver su sombra reflejada en la madrastra, muestra su rechazo. La convivencia de estos dos personajes en la historia refleja, como imágenes invertidas en un espejo, las dos caras de una personalidad con sombras no identificadas ni asumidas. En el momento en que la niña deja de llorar y se produce la transformación mágica de mano del hada madrina, Cenicienta reconoce su sombra y siente el alivio. A partir de entonces su relación con las mujeres de la casa cambia por completo: “Cenicienta ya esperaba esta negativa y se alegró de ella, porque no sabía lo que hubiera tenido que hacer si su hermanastra le dejaba el vestido”. Vemos a una heroína crecida que se siente moralmente superior a sus hermanas una vez ha asistido al baile.

Cenicienta es utilizada como modelo de feminidad y su actitud consolida la idea de que su mayor virtud no reside en su aspecto físico, que es efímero como todo al paso del tiempo. La superficialidad de sus hermanastras y madre adoptiva fortalecen el poder del encanto, la humildad, la pureza e incluso del conformismo ante la adversidad, preferible a la banalidad de pensamiento de sus opresoras.

Finalmente, aunque los males de la protagonista son abundantes, comulgan con la creencia también común de que no hay redención sin sacrificio, por lo que a Cenicienta le esperan tiempos mejores. Tanto Perrault como Innocenti deciden no perdonar a la madrastra por sus actos al final del relato. Cenicienta se lleva a sus hermanas al palacio y les da la oportunidad de ser felices y, aunque Perrault no explica